



SE PUBLICA <b>UN CUADERNO SEMANAL.</b>  <b>PRECIO:</b> UN REAL al recibir el número,  J. CASTRO, EDITOR PROPIETARIO.	DIRECTOR <b>ENRIQUE RODRIGUEZ-SOLIS,</b> CON LA COLABORACION DE LOS PUBLICISTAS MÁS DISTINGUIDOS DEL PARTIDO.  Administracion: Tabernillas, 8.—Madrid.	CADA TRIMESTRE SE REGALARA <b>UN ELEGANTE TOMO</b> DE UNA OBRA NUEVA de reconocida importancia y utilidad.
<b>AÑO II.</b>	<b>MADRID 28 DE AGOSTO DE 1872.</b>	<b>NÚM. 28.</b>

### SUMARIO.

TEXTO.—Los tiempos están malos, por Sixto Cámara.—Extinción de los almogóbares, por Ulpiano Verges.—Cuestiones sociales, por J. Roig y Minguet.—El soldado, la guerra y la madre, por Victor Irazo.—Un recuerdo y un suspiro, por J. Botella Carbonell.—Cuentos populares, por Francisco Flores y García.—D. Julian Romea.—Agricultura, por Gabriel Feito y Maria.—Revista general, por E. Rodriguez-Solis.—París en América.

GRABADOS.—Nuevo puente construido sobre el Sena por la Compañía del ferrocarril de Anteuil.—D. Julian Romea.—Castillo del Morro: Habana.—Victimas de la usura y el hambre.

### LOS TIEMPOS ESTAN MALOS <sup>(1)</sup>.

- «Los tiempos, se dice comunmente, están malos.»
- Los tiempos, repetimos nosotros, están malos. Pero ¿por qué están malos?
- Porque las clases, se responde, sienten constantes privaciones, necesidades muy vivas.
- ¿Y por qué sienten constantes privaciones, necesidades muy vivas?
- Porque no tienen medios de satisfacerlas.
- ¿Y por qué no tienen medios de satisfacerlas?
- Porque... porque...

(1) Reproducimos este magnífico artículo del mártir de la causa republicana, el malogrado Sixto Cámara, porque siempre parece de actualidad y merece fijar toda la atención de nuestros estimados suscritores.

Aquí hace alto la filosofía popular, de aquí no pasa; ó cuando más llega á atribuir al gobierno toda la causa de nuestros males.

Pero si el gobierno, cualquiera que este sea, puede contribuir al mal, que no es dudable, yo quiero que tengais un gobierno á vuestro gusto, y por vuestro gusto entiendo un gobierno que simplifique mucho el mecanismo del poder; que limite á lo estrictamente necesario el número de sus agentes; que dé, si lo deseais, amplia latitud á las facultades populares y rebaje á la mitad el presupuesto. Me parece que con un gobierno semejante podriais daros por muy satisfechos, ¿no es verdad?

—¡Oh...!

—Pues bien, figuremos que nuestro ideal ¡oh clases! está realizado; que ya funciona á vuestra vista un poder con semejantes condiciones, y que yo os pregunto un día cualquiera: «¿Cómo están los tiempos?» ¿Qué me responderiais? De fijo me diriais: «Están malos.» Y la razon es muy obvia. La accion política de un gobierno es sumamente débil, y además de ser débil obra sobre la masa de una manera invencible. El beneficio mayor y más positivo que ha producido en el citado caso, es el de reducir á la mitad el presupuesto. Juan, por lo tanto, contribuyente, en vez de pagar 20 duros de contribucion, pagará 10 y ahorrará otros 10, que equivalen á unos 18 maravedises diarios. Diez y ocho maravedises

repartidos entre cuatro individuos que son la familia de Juan, tocará á cada uno á poco más de un cuarto. Si á esto añadimos aunque sea otro cuarto por las ventas indirectas que produzca el nuevo sistema (y ciertamente que no nos quedamos cortos), resultará para el individuo valer dos cuartos más el nuevo gobierno.

Ahora bien; ¿creéis que dos cuartos sean capaces de mejorar de una manera sensible la condicion de todos los nacionales? ¿Que si yo encontrase á Juan al volver de una esquina no me diría, como hoy dice, *los tiempos están malos*? Pues estad seguros de que me lo diría; porque, si era cultivador, nunca vería más que harapos á su esposa y á sus hijos, y no podría ocurrir á los gastos de una enfermedad, ni evitar una huelga en el invierno. Si labrador, vería pasar lentamente su cosecha y sus campos á manos de la usura, sin poder detener la venta de aquella hasta tiempo más favorable. Si comerciante, contemplaría siempre su fortuna expuesta á los golpes de una concurrencia febril ó á la acción de una quiebra meditada en plazas extranjeras. Si fabricante, temería la estancacion de sus productos ó un simple cambio de moda. Si banquero, le tendrían en continua incertidumbre y zozobra los sucesos políticos exteriores. Si era de estos mil jóvenes que hay en la clase media y que procuran emplearse en trabajos *proprios de su caracter*, viviría constantemente disgustado al frente de los estímulos ofrecidos de arriba y de la miseria que le amenazaba de abajo. En fin, todos los intereses quedarían en la misma posiccion que hoy, y desde entonces *los tiempos seguirían malos*.

—¿Eso quiere decir que en el antiguo régimen estaban mejor las clases?

—Respuesta. En el antiguo régimen no se conocía esa elocuente fórmula popular LOS TIEMPOS ESTÁN MALOS; hoy complica una maldad relativa, accidental. Antiguamente, sin embargo, eran más escasos los medios materiales de bienestar y no había ese clamoreo que hoy sale de todas las clases y de todas las naciones. ¿En qué, pues, consistirá ese fenómeno? ¿Cómo se explicará? ¿Por las instituciones? Hoy son más latas y dan mayor ensanche á la actividad individual. ¿Por la riqueza? Hoy es tres ó cuatro veces mayor que antiguamente. ¿Por la industria? Hoy cuesta dos lo que ayer costaba diez. ¿Por el privilegio? Hoy no existe en el Código fundamental; todos los ciudadanos son iguales ante la ley y ante las funciones públicas. Si, pues, resulta que hemos hecho tantos adelantos políticos y económicos, ¿dónde toma su origen esa gran fórmula: *los tiempos están malos*? ¿Cómo, por qué están malos si son más libres, más baratos y más ricos que los antiguos...?

He aquí una cuestion que nunca se ha pretendido depurar, ni tengo noticia de que filósofo alguno la haya abordado con resolucion. Y digo filósofo, porque al llegar á este punto la cuestion entra naturalmente en la esfera filosófica.

En efecto, dentro de la filosofía tan solo podemos explicarnos el enigma.

Es un hombre que vive tranquilo y feliz en una aldea gastando dos pesetas diarias. Con estas dos pesetas come, viste y se aloja con decencia, disfrutando de aquellos modestos placeres que ofrece la poblacion. Nunca ha conocido otros, y por lo tanto los que le rodean

son perfectamente ajustados á sus necesidades. Con ver y hablar á sus vecinos, conocidos desde la cuna; con dar un paseo por el campo ó comer en él con sus amigos ó deudos; con jugar por distraccion una partida de naipes ó invertir el tiempo en otros placeres sencillos, nuestro hombre está completamente satisfecho, y no se acostará probablemente sin dar al Señor un voto de gracias por los bienes que le prodiga.

Pero tomad á ese mismo hombre; trasportádmelo á la corte y dejadlo que ande con libertad por las calles y paseos y jardines; que vea los teatros; que visite los monumentos del arte y de las ciencias; que admire las galas y ostentacion de los señores; las brillantes carretelas que pasan por su lado; las excitadoras viandas que en cada calle anuncian una fonda; las dulcísimas armonías y vivos resplandores que hieren nuestros oídos y nuestra vista desde el fondo de los teatros, de los cafés, de las casas particulares, y, si es aficionado, dejadlo también que se lance en medio de tanta hermosa como concurre á los paseos; que observe lo elegante de sus maneras, la coquetería de sus trajes, lo caprichoso de sus gustos; dejadlo, en fin, que durante medio año, nada más que medio año, saboree ó llegue á comprender los refinados placeres de la corte. ¿Os parece que este hombre será el mismo hombre que habeis sacado del fondo de una aldea? ¿Os parece que este súbito cambio de costumbres, de espectáculos, de deleites, de sensaciones, no han obrado en su naturaleza una crisis violenta, una completa revolucion...?

Pues aquella alma ha perdido su antigua tranquilidad, está profundamente turbada; donde quiera que funcione, ora sea en la corte, ora en el fondo de la aldea, allí resucitará fatalmente las impresiones recibidas. Aquellos sentidos no podrán tampoco avenirse de modo alguno con la rusticidad aldeana, ni con la soledad de los campos. Sus necesidades se han aumentado, y *aumentar las necesidades equivale á disminuir los medios de satisfacerlas*. Así que Antonio (démosele este nombre), que tenía dos pesetas diarias y con ellas vivía ayer feliz, aunque en esa felicidad simple de la ignorancia, á favor del progreso social tiene hoy tres, ó á ello equivale la baratura de las cosas. ¿Hemos de decir por eso que los tiempos han mejorado para Antonio? ¿Que ha progresado en su condicion...?

Si su renta ha crecido como cuatro y las necesidades se han aumentado como ocho, es bien claro que está cuatro veces peor que con las dos pesetas; tendrá cuatro veces menos medios de satisfacer sus necesidades. Rectificadme si me equivoco. Antonio desde entonces de seguro exclamará, viéndose constantemente necesitado: «¡MALOS ESTÁN los tiempos!» Y realmente lo estarán.

Pues aquí tenemos la clave que nos explique el fenómeno social contemporáneo; es decir, que *los pueblos están peor, á pesar de ser MEJORES los tiempos*.

La sociedad perdió un día el equilibrio, y restablecerlo es difícil. Salió de aquel antiguo encajonamiento de las clases y de los intereses; sorprendió al individuo en lo más recogido de su esfera, y desplegó á su vista un inmenso panorama de cosas nuevas y agradables, haciéndole soñar mil gozes y grandezas. Y como quiera que *el aumento de los medios nunca pudiera equiva-*

ler al aumento de las necesidades, creó del individuo un aventurero de la muerte, lanzándolo en una lucha de intereses viva y encarnizada, en que el alma estuviera en completa zozobra y en una sed permanente de los goces entristidos. Desde entonces, y atendiendo á estas nuevas y violentas condiciones de vida, donde no había más ordenanza que el acaso, la suerte, para regular la acción individual, naturalmente el juego debía ser el gran medio, el instrumento más propio para saltar por encima de las clases y escalar el trono de los goces y de los honores.

El juego, pues, bajo todas sus formas, llegó á constituir la piedra angular del nuevo edificio. Ya los individuos perdieron aquel antiguo acierto y solidez, y hé-los todavía oscilando en este mar agitado de mil intereses que se chocan, sin norte fijo, sin un mañana seguro; tan pronto tocando en el puerto salvador de la fortuna, como estrellándose en el bajo de la miseria; siempre intranquilos, jadeantes siempre, en las temblorosas manos de la duda, dependiendo de la casualidad, atormentando su espíritu, sus pasiones excitadas, su razón en viva guerra... nuevo Tántalo, que, viendo delante el agua, no puede alcanzarla y satisfacer la sed hidrópica que le devora...

Y las clases, hondamente aguijoneadas por las nuevas necesidades, ni tienen siquiera la ventaja de Antonio de acrecer sus rentas; la subversión económica va poco á poco reconcentrando en pocas manos los capitales, en las manos de los mejores y más diestros jugadores, que son los que tallan en la gran banca de la sociedad.

De aquí ese abandono del trabajo productivo, que encorva y empobrece al que lo ejecuta; de aquí ese huir de los campos y de los pueblos en busca de fortuna á los grandes centros de la pesca; de aquí que las vías del parasitismo y de la improductibilidad, del ágrio y del crimen están tan concurridas de gentes; de aquí ese estado universal, tristísimo de las costumbres; de aquí, en fin, el que *están malos los tiempos*.

—Pero ¿qué remedio á esta calamidad? ¿Bastará un gobierno honrado que desee realmente el mal de los pueblos?—No.—¿Bastará una ley electoral que excluya todo género de amaños?—No.—¿Bastarán buenas leyes represivas?—No.—¿Bastará moralizar al pueblo?—No.—¿Bastará universalizar la instrucción?—No.—¿Bastará corregir los vicios administrativos?—Tampoco.—Pues entonces, ¿qué deberá hacerse?—Una cosa muy sencilla. Cuando el médico está al frente del enfermo, trata lo primero de saber la naturaleza del mal para administrar el remedio con acierto y no obrar contraproducentemente.

Ahora bien; el mal de la sociedad entera hemos visto que consiste en *necesitar mucho más de lo que tiene*; es decir, en que si un medio equivale á cuatro, sus necesidades equivalen á ocho, y antes de aumentar estas con la instrucción universal, por ejemplo, es preciso aumentar aquellos hasta establecer el equilibrio, garantía del orden y del bien.

—Eso quiere decir...

—Esto quiere decir, francamente, que los hombres necesitan *gozar*, y comprimir este deseo es ya *imposible* una vez creado. Ahora el instrumento del goce es

la riqueza. Se hace, pues, indispensable para restablecer el equilibrio entre la necesidad y los medios, *cuadruplicar la riqueza y distribuirla con equidad*.

—Sí, pero hasta entonces...

—Hasta entonces oiremos repetir siempre:—*Los tiempos estarán malos*.

SIXTO CÁMARA.

## EXTINCION DE LOS ALMOGOBARES.

### PARTE SEGUNDA.

#### VENGANZA CATALANA.

(Continuación.)

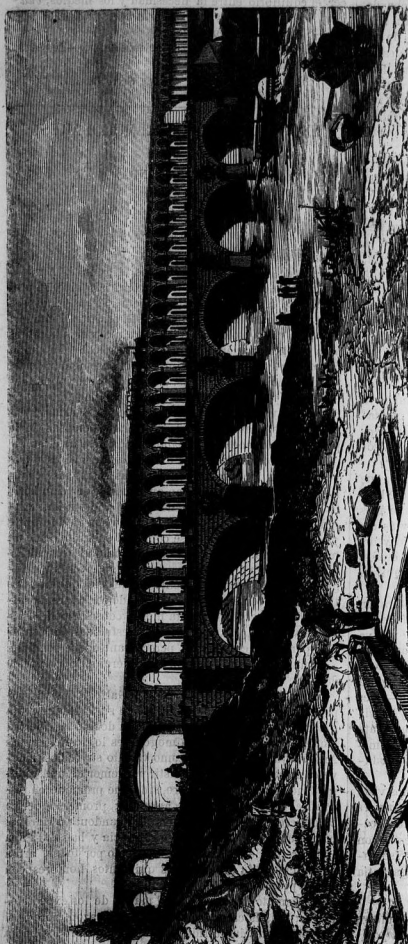
Entre tanto la conservación de Galipoli se debió á las mujeres de los Almogobares; pues el genovés Antonio Espinola, mediante varios tratos con Andrónico, se presentó ante sus costas con diez y siete galeras genovesas y siete griegas resuelto á tomarla. El escritor Montaner, jefe de la plaza, solo tenía ciento treinta y seis hombres para defenderla; pero sin intimidarse sale de ella con la mayor parte de su fuerza á impedir el desembarco de las tropas genovesas y griegas. No puede lograrlo y se retira á Galipoli con cuatro heridas, que por fortuna no fueron graves, y en situación tan precaria arma todas las mujeres y las pone en la muralla y defensas de la plaza á las órdenes de un catalán cada diez de ellas.

Tres asaltos consecutivos dieron los genoveses y tres veces fueron rechazados con pérdidas inmensas por las mujeres, que no se retiraban aun cuando se veían heridas. Al cuarto asalto Montaner juzgó que estarían cansados los genoveses, y sale de la plaza con cien infantes y siete caballos, lanzándose contra el enemigo como un torrente devastador. En el choque mata al general Espinola y obliga á reembarcarse á los genoveses y griegos rotos y deshechos. Antonio Rocanegra, que no tuvo tiempo para verificarlo, quedó cortado con cuarenta soldados, que resistieron hasta morir todos sin poder salvar la vida del jefe, á pesar de los esfuerzos de Montaner, porque se empeñó en perecer antes que rendirse.

El número de mujeres que defendieron la plaza fué de dos mil.

Regresó el ejército de Rocafort á Galipoli casi al propio tiempo que Etenza se presentó en sus costas con una galera y quinientos hombres. Había debido su libertad á que una embajada de almogobares logró del rey de Aragon que le reclamase como vasallo suyo. Los genoveses no se atrevieron á resistir por temor de una guerra, y no solo le dejaron libre, sino que prometieron restituirle cuanto le habían apresado; promesa que no cumplieron. Berenguer, antes de abandonar á Europa, brindó al rey de Aragon, al de Francia y hasta al Papa con el reino de Grecia; pero desechado por todos, arma por su cuenta la galera y los quinientos hombres con que se presentó en Galipoli.

En cuanto llegó reclamó el mando de los expedicionarios; mas Rocafort se opuso, no sin razón, porque si Berenguer había sufrido por ellos, Rocafort los había conducido á la victoria repetidas veces, y era muy que-



NUEVO PUENTE CONSTRUIDO SOBRE EL SENA POR LA COMPAÑIA DEL FERRO-CARRIL DE ANTEUIL.

ruido de la mayor parte de los almogábares, que veían en él un semejante á su clase, á más de un guerrero invencible. Uniéndose á estas simpatías las de los turcos y túrcoples auxiliares, que solo en él veían su jefe por haber pactado con él.

Efectivamente, después de la victoria contra los alanos, un cuerpo escogido de 2.000 infantes y 800 caballos turcos, y otro de 1.000 caballos túrcoples, que se revolviéron contra Andrónico por falta de paga, vinieron á su servicio con la condicion de tener campo aparte y recibir la mitad que los almogábares en las presas.

Al propio tiempo, como Berenguer tenía mucho prestigio entre los caballeros y nobles que odiaban á Rocafort, era inminente un rompimiento por la cuestion de jefatura. Para evitarle se nombraron jueces que dirimieran la contienda, y estos acordaron que gobernasen, independientemente unos de otros, tres jefes, á saber: Rocafort, Etenza y Arenos, cada cual en sus respectivas tropas, y que cada individuo de estas pudiera irse con el jefe que más le agradara. La mayor parte siguieron á Rocafort, y Arenos, porque no quedara débil Etenza, renunció la jefatura uniéndose á él.

Montaner quedó en Galipoli como centro de los dos cuerpos y tan independiente como ellos. Este ayudó con tropas á un genovés para que tomara y arrasara el castillo de Fruilla, y para que tomara otro en la isla de Tarsa.

Rocafort pasó á sitiar á Nona y Berenguer á Megarix.

Durante estos sitios llegó á Galipoli el infante D. Fernando, hijo del rey de Sicilia, nombrado por este general en jefe del ejército: Montaner, Arenos y Etenza le reconocieron inmediatamente; pero Rocafort, más experimentado y más cuerdo, no quiso sujetar sus tropas al vasallaje del rey D. Fadrique, y no le faltaba razon para ello: pues el infante D. Sancho les había abandonado y el rey de Sicilia no les había socorrido en más de cinco años de combates que sostuvieron aislados, y no era justo que D. Fadrique se llevara el premio de aquellos trabajos que no había contribuido á realizar. Así es que, para evitarlo de un modo ingenioso, tuvo la habilidad suficiente para hacer que sus tropas no quisieran rendir pleito homenaje al rey, y en su lugar propusieran á D. Fernando que aceptase la corona griega para sí. Es-



ta traza le dió el resultado que se proponía, pues D. Fernando por delicadeza no se atrevía á aceptarla, y por consiguiente tampoco pudo imponer su mando, como que tenía origen de un poder no reconocido ni aceptado. Mientras se andaba en estos pasos diplomáticos, Rocafoft y Etenza tomaron cada uno las plazas que tenían sitiadas.

No pudiendo sostenerse más tiempo en la Tracia porque la falta de víveres, á causa de no sembrarse en cinco años, exponía al ejército á morirse de hambre, desmantelaron á Galipoli y las demás fortalezas, pasando á Macedonia con objeto de sorprender á Cristopol é invernar en ella. Pusieron en marcha con las debidas precauciones, habiendo hecho el infante que Rocafoft, con sus tropas, fuera una jornada delante de las demás para evitar un choque inminente con las de Etenza, atendido el encono que se guardaban los dos bandos.

Los primeros días de marcha fué bien con este sistema, pues los griegos no solamente no se opusieron al paso de las tropas, sino que abandonaban los pueblos del tránsito, dejando en ellos abundantes víveres, que tanta falta les hacían; empero dos jornadas antes de Cristopol, las tropas de la retaguardia de Rocafoft se detuvieron más de lo regular en un valle para disfrutar las delicias del reposo en medio de víveres abundantes, y las de la vanguardia de Etenza salieron antes de lo que debían por evitar la molestia del sol y del calor, llegando á juntarse, contra lo dispuesto por el infante y los deseos de los capitanes.

Verse juntas las tropas de ambos bandos y creer cada una que la otra lo había hecho con intenciones siniestras, todo fué uno.

En su consecuencia esgrimieron las armas unas contra otras con el mismo furor que contra los griegos, y se hicieron pedazos, sucumbiendo las tropas de Etenza y muriendo este jefe al ir á apaciguar y retirar su gente. Quinientos infantes y ciento cincuenta caballos perecieron en este choque, y más hubieran perecido si Rocafoft, por temor á que los auxiliares pudieran faltar al infante, no hubiera retirado toda su gente.

Arenos, temeroso de Rocafoft, se presentó en un castillo griego y ofrecía servir al emperador. El infante, la nobleza y todo el ejército sintió extraordinariamente la muerte de Berenguer, pues todos le estimaban en extremo por las bellas prendas de valor, bondad, nobleza de alma y demás que le adornaban. ¡Lástima grande que la muerte fuera entre los suyos y por la primitiva causa que fué: por un mando reclamado de Rocafoft, sin otro título de ventaja que el de ser noble de los primeros en Aragón y Rocafoft un simple caballero! Dos días se detuvieron en el entierro de Etenza, y al cabo de ellos los parciales de Berenguer y sus familias unos se fueron con Arenos, otros á Negroponte con barcas que les facilita Rocafoft. Montaner censuró con acritud la muerte de Etenza y se retiró con el infante, más bien que por temor, acaso por no perder sus riquezas, que eran enormes; pero las perdió por fin cayendo con el infante en poder de los venecianos.

Entre tanto Cristopol tuvo tiempo de fortificarse extraordinariamente, de modo que á Rocafoft era imposible tomarla por sorpresa, y no queriendo perder tiempo, después de pasar con mucha fatiga el Estrecho, se es-

parce por Macedonia recogiendo víveres y se fortifica en las ruinas de Casandra, que era tener siempre en jaque á Tesalónica, plaza importante, capital de la provincia.

(Se continuará.)

ULPIANO VERGES.

## CUESTIONES SOCIALES.

### LA INTERNACIONAL.

#### I.

#### Ideas generales.

Cuando los poderes siempre despóticos de las monarquías absolutas, constitucionales ó democráticas se derriban; cuando en todas las naciones del antiguo continente va tomando importancia la salvadora idea de la República democrática; cuando á la injusticia de los poderes hereditarios le sucede el sistema racional de los amovibles; cuando el sufragio universal reintegra en el ser humano el más indiscutible de sus derechos; y cuando, en fin, el pueblo pasa á ser ya soberano de sí mismo, un grito, como salido de las entrañas de la tierra, se oye por los ámbitos de nuestro globo, y la sociedad cuasi perpleja, detiene por un momento su atribulada inteligencia y atenta escucha ese grito que asusta á unos, alienta á otros y da que pensar á los restantes.

La palabra libertad, que fué en otros tiempos el mágico poder que alentaba á los esclavos en las continuadas luchas que sostenían para lograr emanciparse y que es aun la amenaza presente contra la tiranía de los despotas, no basta ya á satisfacer la sed de justicia de los oprimidos de siempre, porque no sintetiza de una manera bastante determinada la bondad de sus aspiraciones, y esto ha hecho necesario una nueva fórmula que las determine y explique.

Al anunciarse esta fórmula, al manifestarse en todos sus deseos, la sociedad se ha conmovido hasta en sus cimientos; y al esculpirse en el corazón del pueblo, los que hasta hoy han vivido del privilegio, han sentido lo que siente el que á causa de sus injusticias ha cometido un crimen y se encuentra de súbito frente á frente de la víctima.

Y se comprende: siempre y en todas las épocas al anunciarse una verdad revolucionaria ha producido en la humanidad idénticos efectos.

Basada la sociedad en la injusticia y el monopolio, cada vez que el pueblo ha intentado librarse de estas dos plagas ha tenido en contra á las clases privilegiadas, que le han hecho una guerra sin tregua.

Pero, no obstante eso, el progreso se ha realizado.

La humanidad, atraída por una inspiración consecuencia de la manera de ser y estar sobre la tierra, ha caminado hácia el hallazgo de la perfección social y humana, y así de una manera progresiva se ha separado del error para acercarse más y más cada día á lo absoluto de la verdad.

Pero al progreso le sucede lo que á las fracciones incommensurables en la aritmética: estas se aproximan cada vez más á su valor exacto á proporcion que vayamos



verificando mayor número de operaciones parciales, cuya indefinida suma forma la operación total; y aquel se acerca cada vez más á la verdad á proporcion que la humanidad va verificando nuevas revoluciones, que son como los componentes de la total revolución.

El valor exacto de un número incommensurable no es posible hallarlo, y la verdad en absoluto es un absurdo.

Para hallar esta verdad es necesario conocer todas y cada una de las circunstancias que en el hombre concurren, todas y cada una de las que concurren en la humanidad; las causas que á esta y á aquel agitan ó influyen; las relaciones que entre la humanidad y el hombre existen, y las que existen entre cada una de estas dos entidades con el mundo exterior, ó sea con la naturaleza: es, pues, necesario conocer á la naturaleza, á la humanidad y al hombre.

De aquí arranca, á lo ménos para nosotros, una consecuencia evidentemente cierta, y es que en la resolución de los problemas sociales el positivismo científico es una garantía de acierto.

Por eso vemos que en economía, la escuela positivista resuelve las cuestiones atendiendo á las circunstancias de lugar y de tiempo; y vemos también que se aproximan más á la exactitud en sus resoluciones aquellos que mejor estas circunstancias conocen y entienden.

Y á esta teoría se debe sin duda el rápido progreso que se observa en todas las múltiples manifestaciones de la actividad humana.

Y nosotros, para explicar lo que *La Internacional* representa, nos ceñiremos á estudiar los efectos de la organización social presente, y para ello atenderemos á los hechos tales como se nos manifiestan, buscando sus causas en la organización y sin elevarnos para nada á sublimes disertaciones metafísicas.

Vamos, pues, á dar comienzo á nuestra tarea.

Para ello empezaremos considerando á *La Internacional* como escuela filosófica.

Veamos antes en resumen cuáles son los defectos que en la organización social presente existen y la manera de evitarlos.

J. ROIG Y MINQUET.

## EL SOLDADO, LA GUERRA Y LA MADRE.

Carta que dirige un soldado á su madre enferma, después de una batalla.

¡Madre mía! Apenas puedo coger la pluma para escribir á Vd.; mis manos tiemblan y mis ideas son tan confusas que casi me es imposible coordinarlas.

Y es que para dar cuenta de una desgracia, y más á una madre querida, el más valeroso corazón se conmueve el pulso más fuerte vacila. Pero ¡ay! madre, si no escribiese á Vd. en estos momentos de la vida, en que el pecho necesita otro pecho donde reposar, moriría de tristeza, con una batalla en el corazón todavía más sangrienta que la que sufrimos ayer.

¡Bien que en la una pelean la duda y el indiferentismo contra el amor y los recuerdos, y en la otra el

hombre contra el hombre, el elemento contra el elemento!

Empezaba á amanecer; el alegre sonido de las músicas, tocando á diana, nos hizo abandonar las tiendas donde nos cobijamos.

El campamento presentaba un aspecto por demás alegre y risueño; los cantos de nuestras tropas se confundían con los de las músicas; los unos eran los cantos de la patria, los otros los del entusiasmo.

Pronto habían de concluir aquellas notas, aquellos acordes de alegría, por los acordes, por las notas horribles de la destrucción.

Concluíamos de desayunarnos cuando fuimos atacados por el ejército enemigo; casi no tuvimos tiempo de plegar nuestras tiendas y ponernos á la defensa.

Sonaron las trompetas con bélico sonido, cruzó la caballería en distintas direcciones, preparáronse las ambulancias; la artillería con sus formidables cañones se colocó en nuestro centro y avanzamos cuanto nos fué posible.

Estábamos en un paraje pintoresco, paraíso de la paz, no de infierno de la guerra; á la una parte un río caudaloso, formado por las cascadas de los montes vecinos; á la otra, una llanura cubierta de campos y casas de recreo; á nuestro frente un bosque, y el bosque prolongándose por la parte enemiga; arriba el cielo azul sin límites; en él majestuoso, como una divinidad, el sol, siendo testigo de nuestras discordias, alumbrando con su luz á los dos ejércitos, manteniéndose impasible, así como cuando, cubierto tras las nubes en medio de la tormenta, contempla el combate que traba una nube con otra nube, un rayo con otro rayo.

La batalla empezó, y el ángel de la muerte se cernió sobre nuestras cabezas; sus negras alas cubrían todo el espacio; de pronto sonaron miles de detonaciones; las unas imitaban al trueno, las otras al choque de una furia contra otra furia. Y seguimos avanzando, y las detonaciones fueron más continuas, más horribles; y vimos entre la atmósfera negra que nos rodeaba flotar una bandera que representaba la imagen de la patria, y anhelantes, cegados por el entusiasmo, la seguimos con el valor de un hijo que sigue y defiende á su madre. Y ví caer á mis amigos, á mis compañeros, lanzando ayes de dolor, y no pensé que morían; no pensé que quedaba una madre sin hijo, una familia desconsolada. Y ansioso de gloria, guiado por la bandera magnética, pisoteé á mis hermanos, y ví el crujir de sus cráneos que chocaban con las rocas al llegar al suelo, y mis compañeros y yo, sedientos de sangre como tigres enfurecidos, seguimos destrozando como una tempestad, hiriendo como un alud que se despeña. Y otro alud tan formidable como nosotros, otra tempestad tan violenta nos combatía; pero no sé por qué, nuestra bandera avanzaba y nosotros la seguíamos; más aun, la hacíamos ir adelante con nuestros esfuerzos. Entonces no pensaba en Vd., madre querida; pensaba en el honor de mi patria, en el del cuerpo á que me glorío pertenecer, en el mío propio.

Cuando más embriagado estaba en la lucha; cuando mi corazón, más que corazón era venganza; cuando mi placer no era más que disparar mi carabina y ver caer muerto á un enemigo, mi capitán, á quien tanto idola-

traba, nos decía: «Animo, hijos míos; valientes, adelante;» y cayó á mis piés herido gravemente en la cabeza por una bala enemiga. Me bajé á cogerle, arrojé el arma de mi lado y lo sostuve en mis brazos. A corta distancia crecía un álamo frondoso, cuya sombra prestaba grata frescura; allí corrí con mi preciosa carga, y depositándole bajo la salvaguardia de tan tranquilo amigo, procuraba volverle la vida.

Sus cabellos, que eran rubios y sedosos, caían empapados de sangre sobre mis manos, que sostenían su frente; la hermosura de los cabellos y la fealdad de la sangre me hacían pensar en la creación de Dios y en la destrucción de los hombres. Mi capitán, animado un poco por los auxilios que pude prestarle, abrió sus ojos, y con débil voz me dijo: «Gracias, soldado... yo me muero... no me sostengas... vé y sosten á la patria...» Después cerró los ojos, lanzó un suspiro con el estertor del moribundo: «Adios, madre mia... la patria... mia me ma...»

No pudo concluir; mi capitán había muerto. Entonces, madre mia, me acordé de Vd., que tanto necesitaba mi sosten; estaba desesperado, casi maldije á la patria; y en medio del furioso vértigo que se apoderó de mí, caí sin sentido en tierra.

Entonces recuerdo que tuve una pesadilla que me destruyó el alma; ví á Vd. tendida en el lecho, casi espirando, buscando con la vista enardecida unos labios donde depositar un beso, unos brazos donde apoyarse, un seno donde reclinarse su cabeza venerable, y al encontrarse en el vacío me llamó Vd. con el dulce nombre de ¡hijo! A este mágico acento respondía mi corazón volando como el pensamiento con el sensible nombre de «madre,» y ya la iba á estrechar entre mis brazos, cuando el vértigo desapareció, y al abrir los ojos á la luz de la verdad y al elevarlos al cielo ví á mi lado, serena como una tarde primaveral y bella como una virgen, á una mujer.

Era una hermana de la Caridad, era la caridad misma; en sus ojos resplandecía la luz de Dios, en sus labios la pureza del jazmin; llevaba una túnica blanca con una cruz roja en el pecho, y una sencilla toca cubría su cabeza.

El cariñoso «hijo mío!» que pronunció su boca me volvió por completo del éxtasis en que me encontraba; entonces me figuré que estaba Vd. á mi lado en aquella forma celestial, y recobrando otra vez mis perdidos brios, cogí la espada de mi capitán, que era un despojo del valor, y lancéme á la lucha diciendo á aquel ángel: «Madre mia, veladme como si fuera vuestro hijo; yo voy á sostener á la patria.» Pero, ¡ay! madre mia, me faltó el valor del alma y no pude acometer; á cada detonación me parecía ver á una madre moribunda tendiendo los brazos á su hijo, á un hijo despidiéndose de su madre. Ya se iba ocultando el sol por los azules horizontes, tan tranquilo como la conciencia del justo: era la hora del «angelus,» esa hora misteriosa en que los cristianos elevan sus oraciones al Hacedor Supremo.

La lucha se suspendió; hubo un momento de reposo, pero este fué de tan corta duración como la ráfaga de fuego que deja el relámpago en su carrera. Parecía que los dos ejércitos, conmovidos ante el espectáculo que les ofrecía la naturaleza, suspendían sus odios y se

enlazaban con los lazos de la paz; pero al instante tornamos á la lucha más enardecidos, más furiosos: aquello fué un mar, cuyas olas chocaban unas con otras y cuyas aguas eran los miembros y la sangre de miles de infelices, que ni tan siquiera podían contar con el reposo de la tumba. Con el término del día llegó el término de la batalla; bien hizo la noche en cubrir con su oscuro manto aquel sitio de destrucción y de males.

Madre mia, vencimos, ¡pero á cuánto coste! Nuestra victoria ha sido una pérdida para la humanidad, un martirio para todas las madres, una desgracia para muchas familias.

Después, cuando nuestros jefes nos mandaron descansar, yo, sin alimento en el cuerpo y falto de alimento en el alma, me recordé de las obras de misericordia, que Vd. me enseñaba cuando era pequeño, y quise dar alimento á mi alma enterrando á los muertos y practicando tan solemne virtud. Con el corazón oprimido me dirigí hacia el álamo donde dejé á mi capitán; el ángel de la Caridad velaba su eterno sueño. Cuando llegué tendí sus alas y desapareció. Llevaba conmigo un azadón, de que me había provisto en el campamento, y empecé á cavar al mismo pié del árbol que nos había acogido bajo su sombra. Al cabo de una hora la sepultura estaba hecha; enlacé las manos de mi capitán en forma de cruz, cerré los ojos al mismo tiempo que las lágrimas cerraban los míos, y después... la tierra cubría sus tristes despojos; yo miraba al cielo, porque en la tierra no veía más que ambición y miseria.

Cansado de tanta lucha me adormecí al pié de la tumba; las ramas frondosas del álamo velaban por mí y por él; en mis sueños me parecía que Vd. me perdonaba y que uníamos nuestros labios con un beso, nuestros pechos con un abrazo. Cuando el sol ha vuelto á reaparecer por el horizonte me he despertado, y mi primer pensamiento ha sido orar por mi capitán; después he orado por Vd., y dirigiéndome al campamento no he hecho más que llegar y ponerme á escribirla.

Madre, las guerras no son más que la destrucción y la muerte; nunca pueden ser glorias ni martirios.

Los que las crean no son tiranos, son asesinos; los que las sufren son más que víctimas.

Si no hemos de destruir, que no haya madres, porque esos querubes del amor son siempre las que sufren, siempre las mártires.

Adios, madre mia, adios; su hijo, —JULIO.

Junio, 1871.

Por la copia,  
VICTOR IRANZO.

## UN RECUERDO Y UN SUSPIRO.

Al ciudadano Francisco Ferrer, con motivo de su artículo titulado «Los pescadores.»

Hermoso se eleva un buque  
que camina á toda vela,  
riendo en aguda quilla  
las olas que fiel le elevan,

y que en cumpulio agradable  
con amor le balancen.  
El ambiente de la noche, de  
cansado de su pelea,  
mansamente está dormido  
en los pliegues de las velas,  
haciéndole caminar  
con extrema ligereza.  
¡Qué preciosa está la noche,  
qué tranquila y qué serena!  
La luna con sus fulgores

sobre las ondas ríela,  
plateándolas sus rayos  
que enamorados las besan.  
Recostado sobre un mástil,  
del buque sobre cubierta,  
un jóven de negros ojos  
que adornan su tez morena,  
en tan hermoso espectáculo  
su ardiente vista recree,  
y triste baja los ojos  
absorto de tal belleza,



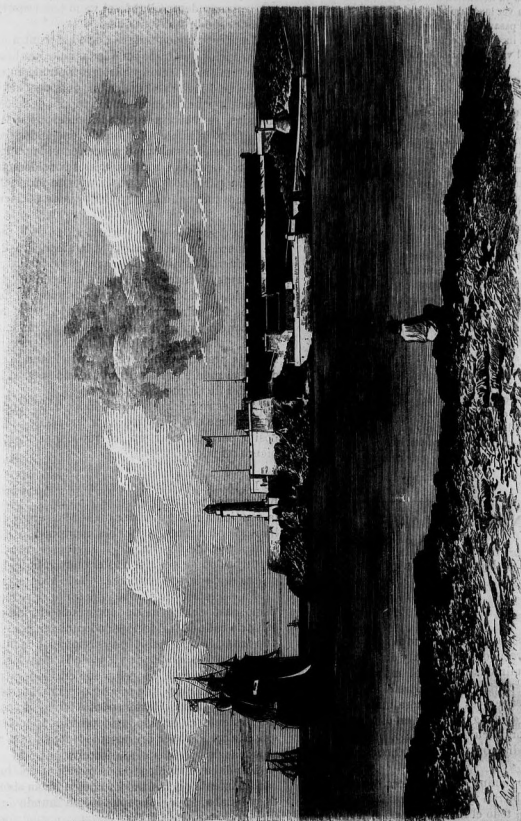
D. JULIAN ROMEA.

nublando su pora frente  
una nube de tristeza,  
que ante su hermoso recuerdo  
baja el pobre la cabeza.  
Ve con la larga mirada  
que el pensamiento nos presta,  
un gigante de granito  
que sobre todo se eleva;  
a su pié y entre la bruma  
mira una llanura inmensa  
tapizada de verdura;  
más acá y en la ribera

un grupo de blancas casas,  
recostadas cual si fueran  
una banda de gaviotas  
que, cansadas ya, se quedan  
en la playa contemplando  
el mar donde ellas alientan;  
mira tambien un castillo  
que recuerda la Edad media,  
minaretes, campanarios  
y cúpulas de la iglesia  
que le vió nacer, las cuales  
tal vez su muerte no vean;

mira tambien una casa  
y un sitio que le recuerda  
su adios de despedida,  
un beso y una cadena  
entregada cual recuerdo  
de una jóven hechicera.

Mas por fin se abren los ojos  
del jóven, y ya no observa  
más que aparatos marinos  
y una nave que navega  
dejando tras sí quebrada  
una pora y blanca estela.



CASTILLO DEL MORRO.—HABANA.

Y el marinero suspira,  
suspira porque recuerda  
aquel paisaje florido  
y aquella lejana escena.  
Y mira sin ilusiones  
los peligros que le cercan;  
y piensa que ya su pueblo  
el valle que tanto aprecia  
y la casa de la playa,  
tal vez ya no vuelva á verlas.  
Y otra vez lanza un suspiro  
que al pasar sus labios quema,  
y una incorrecta palabra  
que el viento veloz se lleva.

## II.

Entre tanto junto al mar,  
sentada sobre la arena,  
la inmensidad de los mares  
con curiosidad observa  
comparando su infinito  
con sus ansias y sus penas,  
una bellísima niña;  
y algo muy grato recuerda,  
pues en sus labios dibuja  
una sonrisa hechicera,  
y contemplando una choza  
que á su mismo lado asienta,  
y que las olas le arrullan  
y humildes su planta besan,  
siente que su corazón  
palpita con violencia;  
el ambiente de la noche  
agita su cabellera,  
y una palabra bendita  
hasta los oídos llega,  
palabra que su esperanza  
tras las dudas acrecienta,  
y que el viento se la traigo  
entre sus pliegues envuelta.

Denia.

J. BOTELLA CARBONELL.

## Cuentos Populares.

## Una hija del pueblo.

(Continuación.)

## III.

Cármén debía sucumbir y sucumbió: de la noche á la mañana desapareció de la fábrica y de su casa, sus trayéndose á las miradas de todo el mundo. No había tenido valor para confiar á su madre el secreto de su deshonra, y al desaparecer de la casa materna había creído dispensada de todo con dejar en ella cierta cantidad de dinero, con la cual, á su juicio, había hecho la felicidad de su madre contribuyendo al restablecimiento de su salud.

Como al mismo tiempo desapareciera la vieja, y como algunos se hubieran fijado en ciertos detalles anteriores á aquel acto, todo el mundo convino en la verdad del hecho, estallando de aquí la tempestad de insultos

y de injurias que siempre cae en casos tales sobre la víctima.

¡Infelices anatematizadores de Cármén! No veían en el delito más que el delito mismo, sin tener para nada en cuenta el cómo ni por qué lo había cometido. No veían que la causa principal de la desmoralización de *abajo* se encuentra *arriba*, donde la inteligencia y el dinero, poderosos enemigos del pobre cuando en el mal se emplean, caen despiadadamente sobre la ignorancia y la miseria, desarrollando el vicio y la prostitución en su más asombrosa fecundidad.

Las declamaciones de la sociedad contra cualquiera de los vicios que trabajan á las muchedumbres nos hacen el mismo efecto que las recriminaciones que á sí propio se dirigiera el disipador que, después de haber barrenado su existencia en la crápula de bacanales inmundas, se rebelara contra las enfermedades á que su desenfreno le hubiera conducido, enojándose contra uno de sus miembros al ver aparecer en él la gangrena...

Pero dejemos á un lado tristes consideraciones, que por otra parte nos desvían de nuestro propósito, y continuemos narrando la triste historia de Cármén.

A la desaparición de Cármén siguió la desesperación de Eduardo. El desencanto y la amargura de nuestro joven fueron terribles; mas como los suicidios por amor, con raras excepciones, no pertenecen á este siglo, Eduardo, pasados los primeros instantes de natural arrebato, fué calmando poco á poco la fiebre de su pasión, concluyendo por resignarse, filosóficamente, con su suerte, guiando sus pasos por nuevos derroteros que á su vista presentaban los encantos del mundo, guardando en su mente y en su corazón una glacial ironía del proceder de Cármén.

A nuestro juicio, Eduardo había comprendido la vida tal como ella es, y tenía un temple de ánimo á propósito para navegar en los procelosos mares de este pícaro mundo.

La transición que en la existencia de Cármén se había operado no podía ser más violenta. Elevada desde la condición más humilde al más alto rango, por lo que hace al orden material, había moralmente descendido al más profundo abismo de la abyección, por lo cual la perturbación de sus sentidos era tan grande, que ni siquiera sabía darse cuenta de lo que la acontecía.

En ese estado de atonía, que tanto se parece al idiotismo, pasó cuatro meses encerrada en una casa de la solitaria calle de N., acompañada únicamente de la vieja que *tanto bien* la había proporcionado, recibiendo todas las noches una larga visita de D. Teleforo.

Pero como este no podía ser en manera alguna el estado normal de una criatura, y mucho menos el de una mujer joven, Cármén sintió vivos deseos de ver nuevamente el mundo, con tanto más motivo cuanto que ella creía poder brillar en él como una de tantas personas favorecidas por la fortuna.

Fundaba esta idea en la posesión del lujo. Creía cándidamente que su transformación había sido completa, y soñaba, bajo este supuesto, un mundo de placeres.

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

(Se concluirá.)



## D. JULIAN ROMEA.

Constantes en nuestro propósito de ofrecer en las columnas de LA ILUSTRACION los retratos de los hombres más eminentes en artes, letras y ciencias, publicamos hoy el del eminente actor D. Julian Romea, el primero de nuestros artistas dramáticos, arrebatado al teatro y á sus numerosos admiradores el 10 de Agosto de 1868, después de una larga y penosa enfermedad.

Un célebre escritor ha dicho, y nosotros repetimos hoy, que la vida de D. Julian Romea fue una continuada serie de éxitos y de calurosas ovaciones.

Su talento dió nueva vida á las producciones de nuestros más célebres escritores, creando tipos admirables y enriqueciendo el Parnaso español con obras que habrían bastado por sí solas á conquistarle el primer puesto, si las glorias del artista no hubiesen eclipsado los triunfos del poeta.

## AGRICULTURA.

## I.

Creemos hacer un servicio á nuestra patria llamando la atención de nuestros conciudadanos sobre la aflictiva situación en que nuestra agricultura se encuentra.

¿Qué necesitan los agricultores de nuestro país?

Sin entrar en un exámen minucioso de sus necesidades, apuntaremos solo las más principales. Necesitan que los tributos que pagan á la nación estén equilibrados con los productos que les rinden sus tierras, ó mejor dicho, necesitan que los grandes terrenos que hoy nada producen (porque son eriales) se conviertan, á impulso de un activo é inteligente trabajo, en fecundos veneros de la riqueza pública, aumentando por este medio el mayor número de productores, que haría desaparecer una gran parte de esos seres parásitos que, soñando con un empleo del Estado, acuden de todas partes á formar un núcleo de vagabundos en este centro de inmoralidad que se llama corte.

Necesitan los agricultores recursos para mejorar sus tierras, para elaborar con más prontitud y menos coste sus caldos, para reformar sus casas de labor, para aumentar el número de sus ganados, sacando de estos el producto de que son susceptibles; necesitan, en fin, en todas sus operaciones introducir los adelantos que constituyen las últimas conquistas de la ciencia y del arte.

El país á su vez necesita que los capitales se apliquen en gran escala al incremento general é ilustrado de la agricultura, ensanchándole en toda la totalidad de la extensión de España; pero basado, no en la rutina, sino en el conocimiento químico de las tierras, en su aprovechamiento más útil; necesitan además que sus ríos se apliquen á las necesidades de la agricultura, se canalicen en unas partes, se varíen de cauce en otras, se aprovechen en todas de la mejor manera posible; necesitan que á los ferro-carriles se unan cuanto antes los caminos vecinales, sin los cuales aquellos son á veces más perjudiciales que provechosos.

Pero todas estas obras, que cambiarían radicalmente la angustiosa situación en que nuestros pueblos rurales se encuentran, ¿serán posibles dentro del sistema monárquico?

Fácilmente podremos probar á nuestros agricultores lo poco que pueden esperar de ese sistema *monárquico centralizador*, causa primordial de su ignorancia y su miseria.

Si á los ciento veinte mil hombres que el gobierno arrebató á la agricultura para convertirlos en máquinas de matar, añadimos la fabulosa cifra de caballos y mulas que separados del trabajo del campo se encierran en los cuarteles sin más objeto que aumentar los medios de destrucción; si á la cifra de *cuatrocientos millones* anuales, á que asciende el coste de este innecesario ejército permanente, aumentamos el producto que por su trabajo podrían reportar al país todos estos elementos, tendremos justificado el atraso y decadencia de nuestra agricultura.

No es ménos cierto tampoco que, dada la situación actual de nuestro sistema económico, próximos á la bancarota, hay que renunciar á la creación de *Bancos agrícolas*, teniendo los labradores que vivir á merced de los usureros ó prestamistas.

El gobierno acapara, ofreciendo un excesivo precio al capital, todo el numerario; la angustiosa situación de la Hacienda obliga á sus administradores á contratar empréstitos para cubrir su déficit, ofreciendo al capital un interés de quince por ciento. Y cuando esto hace el Estado, ¿qué tiene de extraño que el labrador pague á veces hasta un cincuenta por ciento el capital que necesita para los gastos de la recolección?

No desconocemos tampoco la necesidad en que nuestros agricultores se encuentran de despertar de esa indolencia que los abruma, y desechando la rutina á que están entregados, adopten las mejoras que la ciencia aconseja. Innegables son los adelantos que en agricultura han hecho en lo que va de siglo todos los países de Europa; recorriéndolos se verá que han abandonado el sistema perjudicial de barbechos, reemplazándolos por el beneficioso sistema de prados artificiales; por lo quiera, en los prados, en los lindes de los campos y hasta en los caminos se multiplican los plantíos de árboles de todas clases, que purificando la atmósfera durante el estío, aumentan las leñas para templar los rigores del invierno. Cuando vemos en los países extranjeros estos fabulosos resultados de la agricultura, nos preguntamos: ¿qué medios se han empleado en aquellas naciones para obtenerlos? Muy sencillos y fáciles de poner en ejecución, pues han sido los siguientes:

1.º Circunscribir el cultivo de cereales á ménos de la mitad de terreno que antes ocupaba, sin disminuir por eso, antes aumentando sus cosechas.

2.º Sustituir á este cultivo de barbechos el de prados naturales y artificiales.

3.º Disminuir en gran parte los enseres y gastos de labor, valiéndose de las máquinas agrícolas modernas: hacer, á favor de la gran cantidad de ganados que en verano se ceban en los prados y en invierno con los grandes productos que se sacan de ellos, enormes masas de estiércoles con que abonar aquellas tierras, de las que se saca un producto tres ó cuatro veces mayor del que antes se recogía, y esto con dos terceras partes de gasto y notables ventajas para los ganados.

4.º Estudiar los medios de sacar todo el producto de que son susceptibles los ganados, con especialidad el



VICTIMAS DE LA USURA Y EL HAMBRE.

vacuno, desechando en cuanto sea posible el ganado mular por costoso é improductivo.

5.º Utilizar para la plantacion de arbolados cuanto terreno sea posible.

Hé aquí todo el secreto del sistema agrícola puesto en práctica en el extranjero con tan felices resultados. La historia de todos los pueblos del mundo nos demuestra hasta qué punto puede ser feliz ó desastrosa la influencia que en la agricultura de un país pueden ejercer sus leyes é instituciones civiles y políticas. La constitucion del Estado puede ser favorable ó desfavorable á la agricultura, segun lo más ó menos equitativamente repartidas que se hallen entre las diferentes clases de ciudadanos las cargas públicas, y la más ó menos latitud que dé á la libertad de las personas, de las ciencias y de la prensa. ¿Qué puede esperar hoy la clase agricultora, cuando al tratarse de las economías se castiga al presupuesto de Fomento, único porvenir de nuestra patria?

Se juzga por la mayoría de nuestros agricultores que no es necesaria la inteligencia para dirigir las labores del campo, sujetándose únicamente á la rutina seguida por sus antepasados; este lamentable error contribuye al atraso en que la agricultura se encuentra; la mayor parte de los labradores se afanan por adquirir terrenos, empeñándose muchas veces por adquirirlos, sin tener presente que á proporcion de la tierra que han de explotar se precisa un capital disponible para obtener beneficios, pues de lo contrario la ruina es segura; para el buen empleo de este capital conviene asimismo no desperdiciar ni las pequeñas ganancias ni las pequeñas economías, suprimir todo gasto inútil, dejar lo menos posible ocioso el capital, de manera que á los pagos precedan los ingresos, á fin de pagar al contado, no teniendo que recurrir al crédito.

## II.

La agricultura puede dividirse en grandes y pequeños cultivos, siendo distinta la marcha que ha de seguirse en uno ú otro caso.

En los grandes cultivos pueden aprovecharse con resultado los servicios de las máquinas de vapor; más de un siglo hace que la Inglaterra, esa nacion industrial, viene ocupándose en emplear como fuerza motriz el vapor en las operaciones de la labranza; grandes dificultades se han presentado; pero hoy ya, el arado de vapor, que se consideraba como una utopia, es un hecho práctico; muchas son hoy las máquinas que pueden adoptarse en los grandes cultivos y cuyo coste es un capital reproductivo por los hombres y ganados que su trabajo amigura; indicaremos ligeramente los nombres de las máquinas más conocidas, dejando su descripcion para otro lugar. Arados de Rasmes, de Howard y de Hovnsby, arado patatero y aporador (puede emplearse en pequeños cultivos), escarificadores, azadas mecánicas, gradas, extirpadores y rastras de cadena, rodillos de Cambridge, desterronadores de Coleman, sembradoras de muecas y de carretilla, sembradoras de Smith para siembra á voleo, sembradora española de Martinez Lopez, segadoras inglesas y francesas, en las últimas el engavillado hecho mecánicamente, trilladoras y aventadoras, corta-peñas, corta-raices, quebrantadores,

aplastadores, cocinas de vapor, molinos harineros, mantequeras y otros aparatos útiles y diversos, debiendo aconsejar á nuestros agricultores preferan el empleo del hierro para todos los enseres aplicables á los trabajos de la agricultura.

Sacar de la tierra la mayor suma de productos de la manera más perfecta y económica posible, ó en otros términos, producir mucho, bueno y barato, tal es el problema del agricultor: los agentes que contribuyen á la produccion agrícola son los unos *naturales*, como la *tierra* y el *clima*; los otros artificiales, como son el *trabajo* y el *capital*; en la justa proporcion de estos agentes estriba la buena resolucion del problema.

Siendo, pues, la *tierra* una de las fuerzas que concurren á la produccion agrícola, su importancia es manifiesta; la *tierra* es el medio en que se desarrollan las raíces de las plantas, el depósito de sustancias nutritivas; es, en fin, la habitacion, la patria de las plantas; por último, la tierra es el principal elemento, la base de toda explotacion rural; en las tierras de labor hay que tener en cuenta dos propiedades: su *potencia*, que la forman propiedades físicas, y su *riqueza*, que la forman las propiedades químicas; la primera se mejora con las labores, la segunda con los abonos; el estudio de las labores consiste en hacer estas con el menos coste posible, y de aquí la aplicacion de las máquinas de agricultura; en las sociedades primitivas la agricultura solo tenia necesidad de emplear sencillos y rústicos instrumentos, pues la escasa poblacion no tenia grandes necesidades; pero á medida que la poblacion aumenta crecen las necesidades; las máquinas, sustituyendo al trabajo del hombre, vienen á ser una necesidad, y cuando las vias de comunicacion aumenten y los canales de riego se constituyan, el empleo de las máquinas será hasta impetuoso.

Si, en efecto, es una verdad reconocida por todos los economistas y agrónomos distinguidos, que los sistemas de cultivo son una indicacion del estado social de un país, la práctica nos manifiesta que Inglaterra, cuya agricultura está al nivel de las agriculturas más perfeccionadas, es el país más adelantado de Europa. Si hasta hoy han sido desconocidas en nuestro país las ventajas que ofrece el variar del sistema agrícola seguido hoy, se opera una favorable reaccion en favor de la ciencia agrícola, se nota ciertamente entre los propietarios y labradores un deseo de introducir en sus haciendas las mejoras reclamadas por la ciencia, empleando ya los instrumentos perfeccionados, y este movimiento nos denota que la agricultura española despierta de su prolongado letargo entrando en una nueva era de progreso; y como esta es la base *única* de nuestra riqueza, podremos aumentar notablemente nuestra exportacion si logramos mejorar la clase de productos.

Por nuestra parte, obreros humildes del progreso, contribuiremos en cuanto posible nos sea, dando á conocer por medio de la publicacion las mejoras y adelantos de la agricultura, ocupándonos con alguna extension de la parte de arboricultura, tan olvidada de nuestros labradores y que tantos bienes podria suministrarles si dedicasen una pequeña parte de su actividad á explotar esta desconocida riqueza.

GABRIEL FEITO Y MARTÍN.

## REVISTA GENERAL.

Una nueva y tristísima desgracia tenemos que participar á nuestros estimados lectores. Vicente Galiana ha succumbido en lo mejor de su vida y cuando sus servicios y su entereza eran tan necesarios á nuestro país.

Como individuo de los comités, como comandante de la Milicia, como representante y diputado por Madrid, Vicente Galiana cumplió siempre sus deberes sin temor y sin tacha; aun recordamos su magnífica réplica al presuntuoso discurso del Sr. Sagasta, y su retirado de aquella sentina de vicios, que los calamares llamaban Cortés españoles.

Los que en vida tuvimos ocasión de tratarle y de estrechar su mano no podemos menos de recordar su frase favorita, que entre nosotros llegó á adquirir cierta celebridad: *Solo deseo morirme*, nos decía, y la muerte sin duda escuchó sus deseos y cortó el hilo de su preciosa existencia.

El ángel de la muerte bate sus negras alas sobre el campo republicano; á Jonaritz sigue Gonzalez Hernandez; á este Modesta Peró y Carolina Perez; después Salvochea (padre), Rivera, y últimamente Galiana.

¡El publicano se trase! ¡la vida de los que se consagran á un partido, se abrazan firmemente á su bandera y mueren en la defensa de sus principios es digna de ser imitada! Que nuestros hijos lo aprendan y que nosotros no lo olvidemos jamás.

¡Hermanos! una lágrima sobre la tumba de nuestro amigo y correligionario Vicente Galiana.  
[Las lágrimas de los que viven son el fresco rocío que hace reverdecer los laureles de los que mueren!]

La política, esa sirena que hoy nos atrae con su melodioso canto, que nos subyuga y fascina luego con sus vitores y aclamaciones para encerrarnos mañana en una oscura cárcel ó arrojarnos á extranjera tierra; la política, repetimos, vuelve á recobrar su perdida animación á medida que se aproxima la hora de la lucha electoral.

Nosotros, que, á fuer de adversarios leales, y aun más como verdaderos republicanos, tenemos el deber de decir al país toda la verdad, vamos á transcribir un párrafo de la circular que el gobierno ha dirigido á los presidentes de las Audiencias al objeto de que protejan la libertad del sufragio. (1)

«Firmemente decidido (el gobierno) á que las próximas elecciones se distingan por la completa libertad de sufragio...»

Cualquiera creería, al leer este párrafo, que copiamos de *La Competente*, que las elecciones iban á ser verdaderamente legales; pero más adelante encontramos la siguiente noticia, que verdaderamente no tiene precio:

«Parece que el gobierno ha mandado retirar los delegados que el Sr. Burell, gobernador de Málaga, había mandado á Antequera y otros pueblos de la provincia con instrucciones para las elecciones próximas.»

Pero esto no basta; era preciso ir más allá, y esta tarea estaba encomendada al *héro de Tablada*, al autor de la célebre carta recomendando al Sr. Rodríguez Moya para diputado á Cortés, y ¡vive Dios! que la ha desempeñado á satisfacción de todos.

En el discurso que ante los electores del distrito del Centro ha pronunciado el Sr. Zorrilla, y que tantos plácemes ha merecido á sus *servidores y agradecidos*, ha dicho entre otras cosas, que por cierto tampoco son verdad, lo que sigue:

«No habrá un solo ciudadano que no sea respetado y mantenido en el libre ejercicio de sus derechos.»

Lo negamos resueltamente, Sr. Zorrilla, y añadimos que vuestra decantada *legalidad* es una farsa inicu, una máscara con que pretendéis encubrir vuestros amañes y arbitrariedades, y vamos á probarlo.

Según noticias que recibimos de San Sebastian y de las cuales no es posible dudar, existen en aquella ciudad varios ciudadanos, el que menos de 15 años, que han nacido, se han criado y no han dormido ni un solo día fuera de la población; pues bien, estos ciudadanos, tan solo por el grave delito de ser republicanos, carcen de *cédula electoral*, la piden y no les escuchan, la reclaman y se les oye; una comisión sube á ver al gobernador, y el gobernador ¡muestra parecer se encoge de hombros, y por cierto no es de extrañar, pues gobernadores como el de San Sebastian y como otros varios nombrados por el Sr. Zorrilla, son dignos de esta situación cómica-trágico-bufo.

En fin, y para terminar: lean nuestros abonados el siguiente telegrama de nuestro correligionario Rebullida, y tendrán la medida de la legalidad que va á reinar en las próximas elecciones:

«Alcañiz 18.—Director de *La Igualdad*. Gobernador recorre distritos influyendo elecciones como no hicieron delegados de Sa-

gasta. Hoy llega á Valderrobles. Están convocados mañana todos ayuntamientos partido.—Rebullida.»

Nos parece que el cuadro de las nuevas elecciones es completo, y por lo que á nosotros toca, no añadiremos ni una sola frase; el cuadro es tan elocuente que se recomienda por sí solo.

Nos parece que la vida ministerial de los radicales toca ya á su término: decimos esto porque á la grave actitud que doña Victoria ha formado, se une el cansancio, el sentimiento y la vergüenza de D. Amadeo, expuesto por nuestras ciudades como un hielito raro, y recibiendo desaires como el de Gijón, en que ha tenido que albergarse en la casa de ayuntamiento porque ningún particular ha querido cederle la suya.

Lucidos están los radicales, aun más lucida la dinastía de D. Amadeo de Saboya.

Por el ministerio de Ultramar se ha publicado el decreto aprobando la ley de 4 de Julio de 1870 sobre abolición de la esclavitud.

Va era tiempo.

Parece inminente un nuevo levantamiento carlista, y la actitud de estos, en Navarra muy especialmente, lo prueba de una manera clara: el choque sangriento que tuvo lugar en Ampuena entre republicanos y carlistas, su actitud insolente y provocadora y las noticias que llegan de la frontera navarra, en la que don Carlos ha celebrado una importante reunión con los generales Rada, Elío, Carasa y Lizarraga; sus aprestos y disposiciones, todo, en fin, indica un próximo levantamiento, para el cual conviene mucho que todos vivamos alertísimos.

Por su parte los alfonsinos no dejan de conspirar; se habla de conciliábulos en París, en Bayona, en Sevilla y en otros puntos, y la actitud de *El Diario Español*, declarándose francamente antidinástico, prueba, como dice *La Época*, la reacción que aquí se viene operando.

Mucho cuidado, federales; vivamos alerta ¡y dispuestos á levantar y sostener la bandera republicana federal sobre todos y contra todos.

Al proyecto iniciado por *El Correo Militar* de revisar las hojas de los oficiales, y al cual se han adherido multitud de jefes, contesta *El Imparcial* en los siguientes términos:

«Esa idea sería lo más inconveniente, lo más injusto y lo más desgraciado, y por lo mismo no se decretará y morirá en el olvido.»

De sobre sabíamos nosotros que no se decretaría, y eso que á los generales *imparcialistas* Merelo, Palacios, Ripoll, Lagunero, Carmona y otros les había de ser bien fácil el probar las sangrientas batallas, las reñidas escaramuzas y los heroicos hechos de armas en que conquistaron sus galones y entorchados. ¿Verdad, *imparcial* colega?

Se ha inaugurado en Lima una gran *Exposición Nacional*, digna de figurar, por sus productos artísticos é industriales, al nivel de las mejores de Europa.

Segun noticias de Méjico, la insurrección ha terminado; los generales insurgentes Porfirio Díaz y Negrete se han acogido á la amnistía. Lerdo de Tejada ha constituido un gobierno popular, presidido por Lafregua.

Segun las últimas noticias, habían sido ejecutados tres miserables, de los cuales dos eran por destitución española, directores de una asociación de secuestradores de niños, por los que exigían luego grandiosos rescates.

En Parma se han declarado en huelga los hiladores de seda, solicitando un aumento de 30 céntimos diarios y la reducción á doce de las catorce horas que hoy tienen de trabajo.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

Madrid: 1879.—Imp. de R. LARAJOS, calle de la Cabeza, 37.